

Entramos ahora en lo nuestro. La tercera cristiandad es la cristiandad que voy a llamar como Toribio de Mogrovejo -en sus cartas y al comienzo del concilio de 1583- : la nueva *cristiandad de Indias*. Es, pues, la cristiandad colonial de Indias, la nuestra. y no ha habido cuatro; ha habido sólo tres. Y esta tercera es totalmente distinta de las dos anteriores. Porque las dos grandes cristiandades bizantina y latina eran cristiandades imperiales: ellos estaban en el centro y organizaban la periferia.

1. LA ÚNICA CRISTIANDAD QUE FUE COLONIAL O DEPENDIENTE

La cristiandad de Indias en la periferia es colonial. El adjetivo de *colonial* le es esencial: somos la única cristiandad *colonial*. De tal manera que, descubrir en qué sentido somos «colonial», es teológica, filosófica e históricamente descubrir qué es lo que somos como cristianos latinoamericanos. Dejar de ser «colonial» es liberarse, universalizarse pero no en la opresión de una cultura. Sólo después del concilio de 1962 se tiene ahora, un poco, la posibilidad, habiendo superado los límites de la cultura mediterránea, de ir realmente abriéndonos a una evangelización que nos va a deparar, creo, la conversión universal, es decir, la del Africa y del Asia. Eso se va a cumplir a partir de la desnudez del cristianismo que recupera su libertad, dejando a la cristiandad atrás. El cristianismo lo hace aún contra su voluntad. Así, muchos de los movimientos que se llaman de secularismo o de secularización aparecen a los ojos de algunos como una ruina. Si la iglesia ha quedado reducida, en la persecución secularizante de los siglos XVII, XVIII y XIX a una extrema pobreza, ella misma le permite ahora ser libre para la predicación del evangelio. Lo que acontece en el nivel de la expropiación de los bienes, pasa, también, sobre todo, a nivel de las estructuras teológicas y exegéticas y de las actitudes pastorales. Pero veamos esto poco a poco.

¿Cómo se organiza nuestra cristiandad ? ¿Qué es la cristiandad de las Indias ? En el contexto indicado lo que quiero explicar en primer lugar es la etapa de la historia de la iglesia que comienza en 1492, el día en que Colón sale de España hacia América, y año en el que, por su parte, los Reyes Católicos conquistan Granada, el último bastión árabe. Llegó Colón en el 1492, a la parte más primitiva de América, que justamente es la del Caribe. ¿Por qué más primitiva ? Porque son sólo plantadores; son indios que están en el paleolítico ciertamente, no tienen ninguna gran civilización urbana; y los primeros impactos de la conquista serán decisivos. Con-

sideren que Colón, cuando el vigía grita: «¡Tierra!», y ve algo que parece ser una isla, antes aún de pisar nuestra América, cómo los salva: le pone el nombre de San Salvador. Nuestro destino se juega antes de comenzar, porque en vez de llegar a esa tierra y preguntar a sus habitantes cómo se llama la isla, o quiénes son los que la habitan, Colón le puso un nombre. En el sentido bíblico poner el nombre es dominar su ser. Quiere decir que el destino de América se juega antes de empezarse, en el primer viaje. Y en el primer contacto que tiene con tierra americana, Colón encomienda algunos indios a sus gentes; y se crea, de hecho, en el primer viaje de Colón el sistema que después será nombrado de las encomiendas, que posteriormente va a ser organizado, legislado. Al indio, el otro americano, le ponen un nombre y, además, lo encomiendan al servicio del conquistador. Se puede decir que Amerindia, la madre de América latina, queda oprimida, y el decir esto es muy concreto : el español venía casi siempre él sólo, el varón; la mujer de América no era la española sino la india, que amancebada a un español, dio como fruto el mestizo, que es el latinoamericano. De esa mujer nadie nunca ha escrito nada o muy poco. Es la primera mujer oprimida y lo sigue siendo hasta nuestra época. Esa es la que soporta la potencia dominadora del conquistador europeo. Después Nietzsche va a hablar de la «voluntad de poder» y se va a olvidar que, frente a una voluntad de poder, hay una «voluntad oprimida». Eso nunca lo pensó el genio de Nietzsche y nosotros, al pensarlo, podemos ir más allá que él: esa es la ventaja nuestra de estar viendo los acontecimientos desde abajo, desde el futuro, desde la pobreza.

España no tenía más que una experiencia del cristianismo: la de la cristiandad. El arzobispo de Toledo, Cisneros, reformador que era, a su vez, poseedor también de palacios y ejércitos, hacía temblar al rey; y el rey tenía que habérselas con los obispos para poder también llevar adelante sus tareas. Pero al mismo tiempo, el rey había logrado, por la debilidad de Roma, el poder de presentar los candidatos a obispos. Tenía que presentar tres, pero siempre presentaba uno; y casi nunca se dejó de nombrar al obispo que presentó el rey de España. Es decir, que el rey de España eligió, de hecho, a todos nuestros obispos en la época colonial. ¿Quién dirigió a la iglesia latinoamericana desde 1524? Lo que se llamó el Consejo de Indias. El Consejo de Indias dirigía todo lo americano: desde ahí fue gobernada América. Se gobernaba en todo sentido: de que se enviara una flota, de que se hiciera o no el comercio, de que se comenzara una guerra o no con un pueblo, de que se fundara o no una diócesis, de que se enviaran misioneros; en fin, todo. Muchas veces el presidente o el que actuaba en el Consejo de Indias en su lugar era un obispo; muchas veces era un administrador laico. Eso significa la cristiandad: significa una cultura donde el cristianismo es «parte». Con esto está todo dicho y ahí se encuentra todo el equivoco. «Parte», pero parte cultural de un todo; de tal manera que junto a lo militar, a lo cultural, a lo económico, está la iglesia como una parte del todo. Por supuesto, entonces, que ella sirve para otros fines, que ella ha de rendirle al estado obediencia y servicio en otros niveles que sus fines propios. El obispo va a informar cómo gobierna el virrey y también el virrey va a informar cómo trabaja el obispo. El obispo es una potencia económica porque cobra los diezmos que, a su vez, se los apropia el rey, aunque después se los regala con creces. Además es una gran autoridad ante el pueblo y por consiguiente una potencia política. Pero al mismo tiempo el virrey tiene también facultades espirituales, porque tiene poderes, primero en cuanto al lugar que ocupa la catedral, tiene derecho a veces a encarcelar a alguna persona eclesiástica en el caso que contravenga leyes, etc. Grandes conflictos se producen continuamente. El rey dividía para reinar. Lo cierto es que de todas maneras se crea una nueva cultura. Y comprender esto es importante. El

cristianismo es una iglesia que trasciende toda cultura. La cristiandad es una cultura que incluye al cristianismo y, por tanto, lo abraza; y al abrazarlo, desde el momento mismo en que ya no favorezca a los fines de la cultura, como totalidad, entonces lo ataca. Es por eso que en 1767 echa de América a los jesuitas. Porque es la única orden religiosa que no admite que el rey organice el envío de misioneros -lo organiza el general de Roma-; mientras que franciscanos, dominicos, mercedarios, etc., siempre permitían que el Consejo tuviera poder en cuanto a la organización de todos los problemas de esta zona. Entonces, para el rey, los jesuitas eran una quinta columna. Además, las misiones jesuíticas eran verdaderos estados dentro del estado hispánico y esto tampoco podía admitirlo el absolutismo borbónico. De tal manera que cuando la iglesia cobra autonomía se la expulsa y cuando admite formar parte de esta totalidad cultural entonces hay paz. Pero en ese caso la iglesia ha perdido el impulso profético y crítico propio del cristianismo.

Esta cristiandad, a su vez, va a tener sus etapas. Desde 1492 hasta 1808 se produce la gran expansión y la vida de la cristiandad colonial. Cuando se efectúan los movimientos de la «independencia», desde 1808 hasta 1962, se sitúa la gran crisis de la cristiandad, crisis que nosotros hemos vivido en nuestra vida concreta, personal, cotidiana. Se puede decir que nosotros mismos estamos como cortados por dos experiencias eclesiales y de ahí la crisis espiritual, teológica, que estamos sufriendo. Creo que sólo desde 1962 en adelante, al mismo tiempo que la iglesia universal, se comienza otra etapa en América latina. Pienso dedicar más tiempo a esta última etapa, a estos diez años últimos.

El siglo XIX es clave para comprender lo que nos pasa hoy; pero, a su vez, no podemos entenderlo sin saber lo que pasó antes. En mi librito *Hipótesis para una historia de la iglesia en América latina*, indico cómo a partir del número de religiosos en Chile, se logra descubrir la siguiente progresión: en 1700 había en Chile ocho religiosos por cada diez mil habitantes, incluyendo a los araucanos; y en 1900, y sobre todo ya con cifras más precisas en 1960, había un religioso por cada diez mil habitantes. Eso es más o menos, lo que ha pasado con la iglesia: la presencia masiva de la iglesia en la época de la cristiandad colonial, descendente en el siglo XIX, es mínima en el presente. A la vista de esta progresión, de esta ausencia de iglesia, habría que tomar decisiones pastorales. y damos cuenta de esto es, por ejemplo, llegar a pensar soluciones distintas de las europeas, ya que hay 45.000 sacerdotes en Francia cuando no tenemos ni 30.000 en toda América latina, y Francia es veinte veces más pequeña que América latina. Quiere decir que nosotros tenemos diez veces menos sacerdotes en América latina que Francia, Italia o Alemania. Tendríamos que saber defender nuestra situación real, a partir de un proceso histórico nuestro, porque es único, porque no es igual que los demás.

¿Cuáles han sido las grandes etapas de nuestra historia de la iglesia? Voy a tener que remitirme nuevamente a mi librito *Hipótesis para una historia de la iglesia en América latina*. En él voy describiendo una por una las grandes etapas de nuestra historia que aquí solamente voy a poder bosquejar muy rápido. Pero antes, todavía, una indicación.

2. EL PRIMER PROFETA LATINOAMERICANO

Sólo en 1511, allá al comienzo de nuestra historia, después de casi veinte años de inicio de la conquista, Montesinos, el primer gran profeta de América, predicó la diferencia entre hispanismo y cristianismo. No en vano en aquel domingo tercero de adviento de 1511, una fecha grande en nuestra historia eclesiástica, la primera grande, desde el púlpito dijo al pueblo: «Yo soy la voz del que clama en el desierto», y a partir de la explicación de este texto se lanzó en una lucha profética, echó en cara a los encomenderos que lo que hacían con los indios era un pecado mortal que no pensaba absolver más; es decir, interpretó la historia en su presente y le dio un *sentido*, y lo hizo con las palabras proféticas que había usado Juan e Isaías. ¿Qué es lo que en verdad dijo? «Yo hombre de iglesia no soy sólo la cultura hispana, sino que la trasciendo». y esa posición que toma Montesinos, y que va a apoyar Pedro de Córdoba y todos los hermanos del convento de la Española, será como la gran bandera que durante su larga vida portará un gran cura encomendero: Bartolomé de las Casas.

Bartolomé de las Casas vino a América y se instaló en Cuba; no sabemos bien cuándo fue ordenado sacerdote. Lo cierto es que fue un sacerdote como tantos otros, con unos cuantos indios que trabajaban a su servicio. Le llegó de oídas lo que predicaba Montesinos, y leyendo el Eclesiástico donde decía: «Impuro es el sacrificio que me inmolas, cuando tus manos están llenas de injusticias» comenzó su conversión en 1514. No pudo terminar el texto cuando ya se dio cuenta que estaba en una situación contradictoria. El carisma profético le interpretó su situación existencial como contradictoria con lo que estaba leyendo y, entonces, Bartolomé empieza una misión que terminará en 1566, con su muerte. Se va primero a hablar con Montesinos, y de ahí parte a España. Cuando llega a España, Fernando está muriendo en el 1517; sin desalentarse comienza todas sus luchas. Allí logra tomar contacto con Cisneros, hasta que se le nombra «Protector universal de los indios de las Indias»¹. Ahora se distingue claramente entre lo hispánico y lo eclesiástico-misionero. Pero no va a ser de ningún modo aceptada esta distinción, no va a tener el asentimiento de la mayoría; van a ser muy pocos los misioneros que tengan clara conciencia de que una cosa es ser español y otra es ser cristiano. Pero, sin embargo, todos se daban cuenta del escándalo de esta unificación, de este «mesianismo hispánico» que producía, en los indios, en vez de la conversión, la antimisión, el antievangelio. Un obispo, por ejemplo, el de Santa María, escribía al rey, que «con sus entradas (se llamaban entradas cuando «entraban» los españoles con sus caballos y robaban a los indios, el oro de los indios, en la parte de Nueva España y sobre todo de la Nueva Granada), lo que hacen es matar a mujeres y niños». Escandalizados huyen los indios a los montes: escandalizados porque identifican cristianismo con los españoles. La iglesia misma, éste es el gran drama de la iglesia en toda la época de la colonia, confundía a la iglesia con la civilización hispánica y con su cultura. Cuando se habla hoy de separación de iglesia y estado, se habla un poco de todo esto que seguimos padeciendo hasta el presente. Creo que va a ser un gran bien, cuando logremos realmente distinguir, como lo hizo Bartolomé de las Casas, la civilización hispana y el cristianismo. Por eso propuso Bartolomé aquel

¹. Sobre Bartolomé de las Casas y los antecedentes de su acción profética y la obra de sus primeros años nada mejor que la obra de Giménez Fernández, *Bartolomé de las Casas*, Sevilla 1953-1960, obra monumental y ejemplar.

profético proyecto de la evangelización pacífica. No quería más que se evangelizara por las armas sino por el evangelio; propuso en consecuencia la evangelización pacífica de Cumaná, al norte de Venezuela. Este proyecto fracasó porque previamente a la llegada de Bartolomé habían estado unos españoles esquilmando, matando y robando indios; cuando llegó Bartolomé ya las cosas estaban muy mal y fracasó su intento. Sin embargo, en Guatemala, invitado por un gran obispo, el primer obispo de Guatemala, Marroquin, logra convertir pacíficamente a los indios del «pais de la guerra», transformándolos en indios de la paz. Por eso se llamará después esa región de la Vera Paz. Este hecho permite el desencadenamiento de todo un proceso hasta las *leyes nuevas*.

Lo interesante es esto de que el «mesianismo hispánico» unifica el cristianismo con la civilización hispana y, entonces, la iglesia se encuentra en una enorme dificultad en su misión redentora; en la medida en que la iglesia logró separarse del hispano, el evangelio entró más y más profundamente entre los indios. Pensemos en el caso de las reducciones, que no comienzan en el Paraguay. El primero que tuvo la idea de las reducciones fue el gran Vasco de Quiroga, el «Tatavasco», obispo de los tarascos en Michoacán, en México. Siendo oidor de la audiencia de México, un laico de unos sesenta y tantos años, se estableció entre los indios y los «pacíficos», los evangelizó como laico y no más. Quiroga era un humanista que había leído mucho a Tomás Moro. Leyendo la *Utopía*, pensó constituir sociedades cristianas fuera del contacto con los españoles. El rey, por último, lo propone como obispo. Fue una vida extraordinaria, un gran civilizador de misionero. Vasco de Quiroga es una de las personalidades americanas, un hombre que decía: «yo no soy obispo de hispanos sino de indios». No llegó a construir su catedral porque todo el tiempo vivió entre los indios. Hizo ciento cincuenta pueblos de indios; admirable era la organización que tenían aquellos tarascos. Por providencia tuvieron su primer contacto con los españoles por medio del obispo Vasco de Quiroga. Así nació la diócesis de Michoacán. Junto a él hubo muchos otros, pero antes de citar algunos, quiero proponer una periodificación. Creo que lo más interesante para entender nuestra historia eclesiástica es ir viendo los distintos momentos.

3. LOS PRIMEROS PASOS (1492-1519)²

La historia de la iglesia empieza cuando llegan los primeros evangelizadores a América y esto acaece en el Caribe. Por lo tanto en un tipo o grupo de indios muy primitivos. Cuando llega Boyl a Cuba, Haití y las otras pequeñas islas, en 1493, la región estaba habitada por los indios caribes. Los grupos caribes eran indios de los más primitivos que había en Amerindia; eran del tipo caribe y también arawak y tupi, de los mismos que ocuparon toda la parte central y norte del Brasil, y que en tiempos anteriores habían ido bajando por Florida y que dominaban todos aquellos mares. Con pequeñas piraguas, con instrumentos ingeniosos de navegación se movilizaban de isla en isla; vivían en esas islas muy pobladas y con un nivel de vida bajísimo; eran vegetarianos; las madres amamantaban a sus chicos hasta los cinco o seis años, porque los chicos se alimentaban de otro modo muy mal, por lo que preferían amamantarlos; esto hacía que tuvieran muy poca natalidad. Con la entrada del español toda aquella gente frágil es presa de las enfermedades que exportan los hispanos de Europa: la tuberculosis, la sífilis y otra cantidad de males. El indio se

² a. la ya citada obra *Hipótesis para una historia de la iglesia en América latina*, 52-71, 103-152.

diezma rápidamente; los españoles encuentran ante sí poca resistencia física. Mucho mayor dificultad es el encontrar una gran diversidad de lenguas sin ninguna organización política, porque ahí no hay ni repúblicas ni imperios, son un conglomerado de clanes o de tribus. Se hace imposible la tarea de evangelizar. y por ello, en los primeros tiempos se tiene una visión totalmente negativa del indio. El indio o muere o pasa directamente a la encomienda. Si América fuera Sólo esto, España no hubiera hecho nada y América no hubiera nacido. Lo malo es que en esa época hubo errores. Muertes de indios por enfermedad, por el mal trato. Esta imagen, el primer reflejo de la conquista, la expresó Bartolomé, en la *Destrucción de las Indias*; allí se muestra la desaparición de esta civilización ante el hispánico. El hispánico no pudo evangelizarlo realmente, porque el bajísimo nivel cultural no permitió el diálogo. Se trata de un período absolutamente negativo. Esto dura hasta 1517-1519, cuando Velázquez piensa organizar la conquista de una región que se había recientemente descubierto.

4. LA EVANGELIZACIÓN DE MÉXICO Y EL PERÚ (1519-1551)

Yucatán se descubre un poco antes de esta fecha. En 1513 se descubre el mar del Sur, y la Florida había sido descubierta antes. De todos modos hasta 1519 el panorama era éste que hemos bosquejado y mientras tanto no había aparecido ninguna gran cultura; los españoles se encuentran con culturas de poca consistencia. Esta fue la primera época y, sin embargo, la definitiva; habría que estudiarla «con lupa», porque allí aparecen todas las instituciones: la institución de la encomienda, de los cabildos que van a existir después, aún el esbozo de las primeras audiencias que todavía no existen pero van a existir, ya su vez la iglesia se acostumbra a sus vicios, aunque también comienza a tener virtudes; ahí fue cuando comienza a tener sus primeros actos proféticos, etc., etc.

Esta época miserable y negativa es, sin embargo, lo más original de nuestra historia de la iglesia americana. Después, en cambio, viene una época muy distinta y con una importancia muchísimo mayor. En el 1519, un lugarteniente de Velázquez, el gobernador de Cuba, se le subleva; mucho más osado que él se lanza a la conquista del Yucatán y se da cuenta de la existencia de un imperio: es Hernán Cortés. Rápidamente se dibuja un México legendario y rico, una civilización realmente adulta, importante. Esto cambiará todo el destino de la evangelización, porque estas nuevas gentes tienen formas culturales firmes y superiores. El español puede así conquistar mucho más en poco tiempo, porque pueden dominarlos usando los mismos instrumentos que ellos tenían. Van a México, toman México y allí se instalan. Comienza la evangelización en masa. En el 1524, llegan los «doce apóstoles». Se llaman así a aquellos franciscanos extraordinarios que se lanzan a recorrer todo México. Uno de ellos era Montolinía, que significaba «el pobre». Conocemos hoy la calidad de aquellos misioneros; venían de una España del Siglo XVI donde florecía santa Teresa y san Juan de la Cruz; esa España que se hallaba en lo más fervoroso de su afán caballeresco ya su vez de su ansia de santidad. Montolinía recorría a pie, descalzo, todo México; cientos de kilómetros; los indios le llamaban «el pobre», pues era más pobre que ellos, tenía una raída sotana franciscana, aprendió rápidamente el azteca y predicaba admirablemente en este idioma; todos estos primeros misioneros aprendieron el idioma indio. A tal punto que los españoles se quejaban de que los indios no aprendían el idioma castellano, porque la iglesia no lo permitía.

Ahora eran muchos millones de gentes y la organización política era necesaria; la corona toma mano activa en el asunto. Sin embargo, solamente Castilla se lanzaba a América, mientras que Aragón estaba comprometida en la política europea. Hasta 1519 América era insignificante, «no aportaba un centavo», no interesaba. Mientras que desde 1519 en adelante comienza la época de esplendor y es cuando llegan los grandes eclesiásticos. Llega Zumárraga en 1528 y salva a México de la primera audiencia, que era un desastre. Llega Julián Garcés, un obispo dominico, a la región de Tlaxcala; después Vasco de Quiroga, en Michoacán y Marroquin en Guatemala; llegaron muchos otros obispos muy buenos, un clero secular en aumento y también muchos miles de misioneros; dominicos y franciscanos. Los franciscanos fueron los primeros. No faltaron igualmente los mercedarios. Mucho después llegaron los jesuitas. Entonces, poco a poco, se va organizando la iglesia, aun en Florida que en 1520 es constituida obispado; México en 1530 y después van apareciendo todos los obispados de la región. Todo esto gira en torno a Santo Domingo, la actual Santo Domingo, la isla Española: es una gran ciudad, el centro de todo el tiempo primitivo. Pero, poco a poco, México tomará la primacía, enorme ciudad si se cuenta a los indios.

Después, Pizarro descubre el Perú, apoyado especialmente- por el que será luego el primer obispo de Quito, García Arias, que es el que pone buena parte del dinero, el que entusiasma al grupo y le da un objetivo a la empresa. Pizarro sale de Panamá y llega a Tumbez. Comienza así la conquista del imperio inca. Con estos dos imperios la situación cambia, porque ahora América tiene una consistencia propia. Además, es descubierta la región de los Chibchas, al reunirse dos expediciones; una viene desde el norte y otra desde el sur, desde la región de Pizarro. Con Belalcázar y sus compañeros se origina la Nueva Granada. Tiempo después se fundará el obispado de Santa Fe de Bogotá; ya existía el de Santa María y el de los Coro; en América central el de Panamá. En fin, muy rápidamente existen veinticinco diócesis con toda la organización necesaria.

5. La organización de la iglesia (1551-1620)

Una nueva etapa comienza en 1551. Hacia esa fecha concluye la primer gran evangelización de América; no así la parte de Brasil y la Argentina, que era justamente la más primitiva. El español de ningún modo negó lo amerindiano; plantó raíces sobre lo existente y no en vano vino por el Pacífico; mucho más fácil les hubiera sido venir por la vía del Atlántico sur hacia el Plata, pero no fue así. Nuestros indios eran miserables, es decir, con una prehistoria muy pobre. La gran prehistoria, tenía como centro el Pacífico y ahí se constituye la iglesia en todo su esplendor. Por eso la iglesia colonial tuvo dos grandes centros: México, la capital del imperio azteca, y Lima en el imperio inca. Allí se fundaron las grandes universidades; allí se instalaron las imprentas y de allí irradió su vida la iglesia. Es decir, los dos grandes arzobispados fueron fundados sobre los dos grandes imperios: los fundamentos de la iglesia no fueron artificiales. La región más próspera futura va a ser la del Atlántico. Pierre Chauun traza un ángulo con vértice en el Atlántico y que incluye las partes tropicales de América, y excluye la región de las pampas, donde la conquista en vez de hacerse rápidamente se realizará con el lento avance del alambrado en el siglo XIX ; esta región es la más rica actualmente, donde el hombre ha trabajado y conquistado lentamente la tierra. Mientras que en la zona del Pacífico, Pizarro llega, y de «un golpe», conquista todo un imperio, porque había ya organización política.

En 1551 comienza realmente la organización de la iglesia en todos los pormenores. En ese año se realiza el primer concilio provincial de Lima, que preside Loaisa, quien fue durante cuatro decenios obispo y arzobispo de Lima. Loaisa es la gran figura del Perú naciente, mucho más que Almagro y Pizarro, y aún que La Gasca que organiza las cosas pero se marcha. Después de Loaisa vendrá Toribio de Mogrovejo, que es una figura imponente, que desde 1580 a 1606 realmente conduce el Perú, aunque vivió en esa época Francisco de Toledo, que fue un buen virrey. En 1551, como decíamos, se celebra el primer concilio. En 1536 se había celebrado ya un sínodo según algunas lecturas en los archivos que he podido hacer, se trata del primer sínodo que se realizó en Guatemala.

He podido construir una lista de setenta y dos sínodos diocesanos desde 1536 a 1636, entre los cuales muchos están inéditos. Estos setenta y dos sínodos eran propiamente autóctonos, hablaban casi exclusivamente de la evangelización de los indios de las lenguas, de las exigencias que debían plantearse a los doctrineros, a los curas, etc. Es decir, que de ningún modo era una iglesia «importada», era una iglesia que hacía el esfuerzo de entrar en la realidad, un esfuerzo enorme. Lo que pasa es que la complejidad de la realidad sobrepasaba a sus posibilidades, pero que trabajaba seria y realmente mucho, como nunca después lo hará nuestra iglesia. El siglo XVI es un siglo de oro, y este 1551 es un momento original. Loaisa había dictado 18 ordenanzas para sus misioneros; eran muy concretas: se explicaba cómo realizar la misión, se indicaban las exigencias de un clero reformado, misionero realmente. Los obispos mismos veían la realidad. Desde 1551 se van sucediendo los concilios en esta primera etapa. Se realizan más tarde el primer y segundo en México con Moya y Contreras; se celebra el segundo del Perú que lo hace también Loaisa, después el tercero, que es el que ha quedado como prototipo de los concilios provinciales americanos. Entre 1582 y 1583 se celebró el tercer concilio de Lima que lo realizó Toribio de Mogrovejo. Es el gran concilio de la época colonial.

Toribio de Mogrovejo era joven laico, presidente de la inquisición de Granada, que estaba muy relacionado con los islámicos recién convertidos. Era un hombre de una gran formación, había sido muy buen alumno en Salamanca y tuvo hasta pretensión de llegar a ser profesor de la universidad. Estaba solamente tonsurado cuando Felipe II lo propone para que reemplace a Loaisa porque luego de varios intentos no encuentra sucesor. Con cuarenta y dos años Toribio acepta la propuesta y se va al Perú. Se puso a leer de inmediato los papeles que había del Perú para saber lo que pasaba allí. Partió por la vía del Pacífico, después de largos meses llegó a Lima y de inmediato entró en contacto con el indio. Realizó cuatro visitas. Se dice que en sus visitas caminó más de quince mil leguas, sesenta mil kilómetros; una visita duró cinco años; entró en muchísimos lugares donde jamás había puesto el pie un español, en plena montaña. Hay que contemplar los mapas de sus distintas visitas. Llegó hasta el norte del Perú, más allá de Trujillo y luego hasta el sur es decir, por todas partes. Realizó doce sínodos diocesanos en sus años de gobierno ya su vez tres concilios provinciales; es decir, que cuando no podía llegar a Lima iban sus curas, su gente y donde estaba se reunía en «sínodo», allí se discutían todas las cuestiones que había en su arquidiócesis. Toribio de Mogrovejo es un obispo eminentemente misionero y para los indios era casi un «dios», un inca, porque era un hombre de una pobreza absoluta, de total entrega; nunca tuvo nada; cuando murió no dejó nada y en su palacio episcopal residió poco tiempo, estuvo siempre en sus «andanzas» misioneras³. Vale la pena leer el libro de Rodríguez Valencia

³. Cf. Rodríguez Valencia, Santo Toribio de Mogrovejo, 2 vols.

sobre *Santo Toribio de Mogrovejo*, un muy buen trabajo, uno de los primeros trabajos históricos sobre nuestro obispado.

Esta etapa histórica de la iglesia terminarla justamente con la muerte de Toribio en 1606 o en 1620. En esta época se funda la última diócesis del norte: Durango, y la última gran diócesis de la época colonial en el sur: Buenos Aires. Con estas dos diócesis queda la iglesia prácticamente organizada en todo el ámbito americano y no avanzará mucho más; sólo se fundarán algunas diócesis secundarias y aún un poco será lo que prosperarán las misiones; un poco en el norte, hasta el siglo XVIII, pero nada más. En 1620 podríamos decir que ha quedado concluida la organización eclesiástica de América. En este siglo hay una cantidad de sínodos diocesanos en Argentina. Para los primeros sínodos argentinos tenemos que remontamos hasta 1594. Esta sería para mí, la tercera etapa: la organización de la iglesia en América latina. La misión ha bautizado prácticamente la gran masa de los indios que estaban en contacto con los españoles. ¿Hasta qué punto se evangelizó? No hay que relativizar y mofarse de aquella evangelización en masa; es verdad que en muchas partes fue totalmente superficial y no fue una auténtica evangelización. Sin embargo Robert Ricard en su libro *La conquista espiritual de México*, ha demostrado que las regiones bien evangelizadas en el siglo XVI, son las que han permanecido, al menos en su decir, cristianas hasta hoy, aunque en un catolicismo que llamamos popular. Pero han permanecido cristianas; mientras que las regiones mal evangelizadas de esa época, son las que han sido más impregnadas de paganismo y de influencias externas al cristianismo. Se puede decir entonces, que esa misión no fue tan superficial como se cree y hubo una enorme eficacia. Lo cierto es que en 1620, o en 1623, fecha de la muerte de Felipe III, o en 1625, cuando se celebra el primer concilio de Santa Fe de Bogotá, o en el 1629 el primer concilio de La Plata de las Charcas, que lo celebró el mismo obispo Arias de Ugarte, termina esta época.

Arias de Ugarte era un gran obispo, miembro de la Audiencia de Panamá; de ahí fue nombrado obispo de Quito, pasó como arzobispo de Santa Fe de Bogotá, luego arzobispo de La Plata de las Charcas, y luego terminó en Lima. Era un hombre del temple de Mogrovejo; visitaba a sus indios. Su camino desde Bogotá hasta La Plata de las Charcas lo hizo a lomo de mula unos cuantos miles de kilómetros. Convocó dos grandes concilios para solucionar la pastoral y ver cómo se encaraba la misión.

6. EL SIGLO XVII HISPANOAMERICANO

De 1620 en adelante, comienza una época de estabilización. Es cuando comienza más bien esa época colonial cuya idea tenemos nosotros hoy. Las fronteras con el indio se solidifican; los misioneros dejan de hablar a los indios en sus lenguas; entra ya la política de la corona de hacer estudiar el castellano al indio. Los que han sido convertidos en el siglo XVI permanecen cristianos; los que no lo han sido, más bien se retiran hacia la selva, las montañas, y se reintegran al estado de paganismo que después subsistirá en nuestros campos. El siglo XVII es un siglo distinto, de grandes luchas entre los obispos y religiosos, entre los jesuitas y dominicos. Los jesuitas tenían una política muy particular, un tanto separatista. Se ve esto muy concreto en la fundación de la universidad de Lima. Los dominicos habían fundado una universidad primero en su convento; luego el obispo quiere que se transforme en una gran universidad diocesana y que en ella colaboren todos los religiosos;

los jesuitas no aceptaron formar parte y, por último, se hizo la universidad como pensaba Loaisa, fuera del claustro dominico y sin la participación de los jesuitas. En muchas partes los jesuitas organizaron sus extraordinarias obras pero un tanto aparte de los demás. Esta es época de conflictos aguerridos y por eso se explica que hayan sido después expulsados. El jesuita tenía ante la corona una posición de independencia, lo que nos parece muy positivo; era la única orden que no estaba bajo el dominio de la corona. Por el patronato y por las bulas que consiguieron los reyes de Adriano VI, era el rey quien constituía los grupos de misioneros, les daba los medios para que se concentraran en Sevilla y de ahí los enviaba a América; les pagaba el viaje, eran un poco los enviados del rey. Los franciscanos y dominicos, estaban bajo la autoridad del Consejo de Indias. Mientras que los jesuitas nunca aceptaron esto; el que constituía los grupos era el general de Roma. Los jesuitas eran, en el nacionalismo exagerado de los españoles, un elemento de universalismo y un contacto indeseable con Roma; claro, el rey no aceptaba esto, lo cual creo habla en pro de los jesuitas. Pero en América tampoco apoyaban la política episcopal; hubo continuas rencillas, continuos roces entre jesuitas y obispos, y también lo hubo entre los religiosos. ¿Por qué? Porque en esta época se comienza a producir un fenómeno que se llama de la secularización, pero en un sentido distinto al actual. Las «doctrinas» comienzan a ser pasadas al clero diocesano; esas doctrinas habían sido fundadas por los religiosos, franciscanos, dominicos. ¿Qué había pasado? En los comienzos, claro, los indios eran paganos; se trataba de un trabajo durísimo: el de ir a la conquista; eso lo hicieron los religiosos. Pero después esas regiones se transformaron en regiones cristianas, ricas y que dejaban buenos diezmos. Los obispos decían: «Estas regiones deberíamos entregarlas al clero secular y los misioneros, que eran los mendicantes, deben ir a la avanzada; esto es ser fiel al sentido de la orden mendicante que siempre es misionera». Esta posición no era aceptada; por esto hubo continuos conflictos. No creamos que esta época tuvo tanta escasez de clero; en Lima en el momento mismo de Toribio, escribía: «Tengo muchos sacerdotes y no sé qué hacer con ellos». No tenía dónde ocuparlos. Es decir, en la zona de Lima y de México, a fin del siglo XVI y comienzo del siglo XVII, comienza a sobreabundar el clero; se cubren realmente las necesidades; las doctrinas tienen uno o dos ministros; en los puntos más perdidos siempre hay algunos que los visitan. En Lima había dos cátedras de lenguas y para poder ordenarse los sacerdotes tenían que saber o quechua o aymará, además de sus estudios teológicos. Esta cátedra de aymará era muy importante. Todavía existe en Perú parte de la población que sólo habla aymará o quechua y no hay quienes les hablen en su lengua, quien los evangelice. Esto se cumplió en cambio en el siglo XVI y después se fue perdiendo. Nuestra historia tienen sentido desde España. El siglo XVI es el siglo de oro, el de la gran España; era la nación que ejercía la primacía en el contexto europeo; era una gran cultura. Pero desde el siglo XVII todo esto se pulverizó, y nosotros también somos fruto de aquella decadencia.

7. LA DECADENCIA BORBÓNICA (1700-1808)

Desde 1700 al 1808 estamos en la época de los borbones. América pierde mucho de su importancia: la iglesia se fosiliza un poco más y es escaso lo que avanza; es una época triste, en el sentido de que no hay nada radicalmente nuevo. Lo poco que se puede decir de la época es que en el norte los misioneros siguen avanzando, son los jesuitas primero y los franciscanos después de la expulsión de aquéllos. Sobre la

expulsión de los jesuitas en 1769 (1767 en Brasil, y en 1769 en las otras regiones) sería poco decir que fue un hecho esencial. Salieron más de 2.200 jesuitas de América y esto era la élite de las comunidades, de las universidades; eran los que estudiaban física y química, que pensaban una filosofía y teología modernas. Esta orden al salir deja un mundo «desequipado» que lo ocupan los franciscanos y dominicos. En general no estaban a la altura de sus antecesores; se produce un primer derrumbamiento del sistema de cristiandad. Creo que mucho de lo que vendrá a continuación, el catastrófico siglo XIX, vendrá originariamente por aquel golpe. Si los jesuitas hubiesen permanecido no es difícil que las cosas hubieran evolucionado de otro modo. En Mendoza, por ejemplo, los jesuitas salen; tenían un gran colegio ahí. Al cerrarse este colegio no queda nada de importancia en el plano educativo. Sólo después de la independencia se comienza a organizar un colegio nacional fundado por el estado.

8. LA LUCHA SOCIAL Y OBISPOS MÁRTIRES

Hay un mártir inequívoco en la época colonial: es el obispo Antonio de Valdivieso de Nicaragua. Valdivieso era obispo de Centroamérica, coetáneo de Bartolomé de las Casas y también de otros grandes obispos de la zona de Centroamérica, donde se explotaba al indio de una manera inimaginable. Hay que leer los documentos de la época para comprenderlo. Valdivieso escribe al rey: «Estoy en peligro porque yo pongo cada vez a estos indios bajo el dominio de su majestad». Vale decir, quería sacar a los indios de las encomiendas, según la leyes nuevas de 1542, y ponerlos a disposición del rey, libres. El gobernador de Nicaragua, en esa época, se llamaba Contreras, y tres años antes de su muerte, Valdivieso dice: «Mi vida corre peligro pero yo continúo en la defensa del indio». Y en el año 1550 el gobernador lo hace asesinar. Valdivieso muere, y muere mártir inequívoco en la época colonial: se llama el obispo desconocido. Nadie se acuerda de él, sin embargo, es una enorme figura que proyecta su luz en Latinoamérica. Y no fue uno; fueron más de veinte obispos los que se jugaron totalmente en defensa del indio, en torno a los años 1540 al 1560. Por ejemplo, Pablo de Torres, obispo de Panamá, expulsado de Panamá por la misma causa: Juan del Valle, obispo de Popayán. Este, por ejemplo, al ver que no podía defender a sus indios de Popayán, fue hasta la audiencia de Santa Fe de Bogotá; y como no lo dejaron proceder se fue hasta el Consejo de Indias, y como el Consejo de Sevilla no lo aceptó, con su mula, cargado de legajos donde acusaba a los encomenderos de injusticias que cometían contra los indios, se fue al concilio de Trento. Y murió en el camino, en Francia, en un lugar desconocido. Es un poco como la historia de la iglesia: quiso llegar a Roma, pero nunca pudo llegar, porque Roma hablaba con América a través del rey y del Consejo de Indias; nunca directamente. Roma nunca tuvo presencia en América colonial. Cuando se produzca la independencia, nuestros gobiernos van a tener que pedir a Roma, directamente, que acepte la independencia; pero Roma está comprometida con el imperio austríaco y con Francia; no puede aceptar la independencia de América y la condena en 1816. Hay una encíclica condenando nuestra revolución de independencia. De tal manera que San Martín, militar español, «traidor» a su patria, es además, condenado por el papa. Si yo me pongo en su lugar, puedo entender esta gesta; si no me pongo en su lugar, entonces digo: «¡Viva San Martín, o Bolívar, o Hidalgo!», pero no sé quiénes fueron. La historia, en esto, es maestra de la vida.

9. LA GUERRA DE LA «EMANCIPACIÓN» NACIONAL. LA CRISIS DE LA CRISTIANDAD COLONIAL

La cristiandad que se organizó desde casi el origen de la conquista entra en crisis desde la independencia (1808), cuando Fernando recibe el embate de la invasión napoleónica. La independencia nos cae un poco como un regalo no logrado por nosotros; es como un don, que en cierta manera todavía no habíamos nosotros mismos merecido. Y es por eso que, no maduros todavía en la historia, quedamos un poco a la disposición de los poderes imperantes a comienzos del siglo XIX. Se habla de una guerra de la «independencia» -1808 a 1825-. Pero, en verdad, no hay una guerra de la independencia popular, sino sólo de un grupo oligárquico criollo que logra liberarse de España para caer nuevamente dentro de otro imperio. Hoy se habla de países subdesarrollados y de países desarrollados. En verdad, la primera antinomia es entre las sociedades tradicionales y las sociedades desarrolladas. Las sociedades tradicionales son las que no han recibido todavía el choque de las sociedades desarrolladas, de manera que son independientes. Tales serían los esquimales, los pigmeos o los indios antes de la llegada de los españoles. Pero cuando la sociedad desarrollada impacta la sociedad tradicional, ésta cobra conciencia de la desproporción. Y solamente en la conciencia de la desproporción tiene conciencia de necesitar algo que no tiene. Y en ésta como oposición es que realmente aparece la sociedad subdesarrollada.

Subdesarrollada significaría, entonces, una relación con sociedades desarrolladas; pero en conciencia de la distancia. Podríamos decir, entonces, que América latina nace subdesarrollada. Yo no digo Amerindia (los aztecas, los mayas, los incas), sino América latina. Nace subdesarrollada porque los conquistadores que llegan a América, llegan ya en conciencia de que no están en España, pero querrían estar en España. Y de ahí los nombres de: *Nueva España* que tuvo México; *Nueva Granada* que tuvo Colombia; *Nueva Rioja*, la ciudad argentina Rioja, etc. Todas esas «nuevas» significan un poco repetición de aquello que ellos querían cumplir entre nosotros; pero quiere decir, entonces, paradójicamente, que este mundo no es «nuevo» sino que es «viejo», porque si quiero *repetir* lo que he dejado atrás, lo que hago ahora es imitación de lo que es anterior. Quiero decir que aquello es más joven; esto es más viejo porque lo repito. En nuestro «nuevo mundo» (quizás lo descubramos hoy) de hecho lo que se hizo, sobre todo en la época de la cristiandad colonial, fue repetir una sociedad ciertamente más desarrollada; y, por eso, ya en conciencia del subdesarrollo. Subdesarrollada fue y, al mismo tiempo, dependiente, porque toda la estructura de nuestra cultura, de nuestra economía, de nuestra política y de nuestra iglesia, dependía de la metrópoli. De tal manera que, en la totalidad (en la que habíamos puesto a Moisés en el desierto; ahora vamos a aplicar de otra manera esta categoría), estaba España como la dominadora y dominaba a la cristiandad colonial. La dominaba, por ejemplo, pidiéndole el oro o la plata con lo cual Carlos o Felipe cumplían sus hazañas católicas contra los luteranos germanos. Pero ese oro y esa plata, con los cuales pagaban sus campañas y que iban a parar a los holandeses, ingleses y otros industriales surgentes de aquellas épocas, eran extraídos y regados por la sangre y con la muerte de los indios. De tal manera que estaban manchadas ya con una injusticia de la cual, por más que los hispanistas no lo quieran ver, el rey católico se hacía solidario; se hacía solidario de la muerte del indio cuando les pedía a los virreyes que le enviasen oro y plata para pagar «la gran cruzada católica contra los herejes luteranos». España, por tanto, domina como sociedad más desarrollada, según un cierto criterio de desarrollo, sobre una sociedad que se sabe ya subdesarrollada, y se comprende como tal dentro de una

totalidad en la cual ella no ocupa el lugar del poder sino más bien el de aquellos que sufren el poder: los oprimidos.

Es ésta la situación de la cristiandad colonial, a todos los niveles, aún filosófico y teológico. Los libros llegaban de Europa y las glorias de un filósofo o de un teólogo americano (que hubo muchos) eran que sus libros se publicasen en España, en Venecia, en Leipzig, o por uno de los grandes editores europeos, gracias a la mediación de España en Europa.

¿Qué va a significar la guerra de la independencia, la ruptura del gran sistema de cristiandad ? Va a significar sólo lo siguiente: dentro de las colonias hispánicas había un grupo que sufría de manera directa o primera ese influjo, pero que a su vez quería liberarse de ese influjo dominador. Era la oligarquía criolla. ¿Por qué? Porque España gobernaba en América gracias a una burocracia (que eran los oidores de las audiencias de los cabildos, los mismos obispos, virreyes, gobernadores, etc.) que se enviaban en gran parte de España. Pero los criollos no tenían poder; sobre todo, no tenían poder de decisión sobre las cuestiones económicas, eclesiásticas, etc. Esta clase criolla es la que en realidad se levanta contra España. Nuestra «independencia» del siglo XIX no es más que una revolución de la oligarquía criolla, que quiere romper este pacto colonial con España. No nos olvidemos que esa oligarquía criolla también domina: primero al indio y también al pequeño pueblo español que no ha podido formar parte de esa oligarquía, en especial, la gran masa de mestizos. De tal manera que tenemos: a los burócratas hispano-dominadores, a los criollos subdominadores-dominados y al verdadero pueblo pequeño-indio, también criollo muchas veces y mestizo, que es el que en la guerra de la «independencia», allá en el 1808-1825, no influyó para nada sino sólo como carne de cañón.

Ruptura, entonces, de la dependencia de España. Pero esa oligarquía rompía con España porque quería un pacto más beneficioso. Ese pacto más beneficioso se lo proponían los ingleses. Los ingleses no le pedían oro ni plata, y tampoco le vendían vino o aceite, que se podían producir aquí. Ese era el pacto con España. España compraba el oro y la plata y nosotros le vendíamos cosas que podíamos producir . pero que no se nos permitía, de lo contrario, ¿con qué nos pagarla ? Mientras que Inglaterra instaure un nuevo pacto, y ese pacto consiste en vendernos materias manufacturadas y nosotros, en cambio, materias primas, dentro de las reglas estudiadas por Adam Smith. El nuevo pacto es firmado por nuestras oligarquías, y nuestra «independencia nacional» no es más que el pasaje de la dominación española a la dominación de lo que en ese tiempo era el gran imperio que dominaba todos los mares: Inglaterra. Esta oligarquía, entonces, se libera sólo en el sentido de liberarse de España y va a organizar un nuevo sistema: ahora es ella la encargada de dominar al pueblo pedagógicamente domesticado. y esa es la situación en que nos vamos a encontrar desde el siglo XIX, en el siglo xx. Inglaterra puede cambiar de nombre, pero al fin habrá un gran imperio que domine la totalidad latinoamericana. Ese pueblo pobre latinoamericano es el que nos va a interesar en la etapa presente, porque es quizás el que comienza a despertar por primera vez. y si en 1808, 1810, 1825, fueron ellos, la oligarquía criolla, la que despertó, hoy en cambio estamos en un proceso de despertar del simple y humilde pueblo. Este proceso va a ser algo distinto del anterior y quizás cobre características mucho más cabales: sería la liberación del pueblo, con ruptura de la dependencia de los imperios; lo cual significaría por lo menos un tiempo de coexistencia sin dependencia para, quizás, en el próximo futuro, converger en una gran cultura universal analógica, donde cada uno podrá colaborar con lo propio. y esa cultura universal analógica concreta, o va a ser la convergencia de todas las culturas -si nos liberamos antes- o será simplemente

la imposición de una de ellas y la aniquilación de las otras, como la historia, a lo largo de los siglos, ha conocido ya muchos casos.

¿Cuál es la actitud de la iglesia ? ¿Cuál es la actitud, por ejemplo, de los obispos? Los obispos eran realistas en parte; de tal manera que más bien se opusieron a esta ruptura y muchas veces optaron por regresar a España. El bajo clero, en cambio, es el que se juega porque ya es criollo en su totalidad y perteneciente, muchas veces, en sus más preclaros exponentes, a la propia oligarquía criolla. Los sacerdotes tomaron las armas, organizaron ejércitos (como Hidalgo y Morelos), hicieron cañones con campanas de iglesias (como fray Luis Beltrán, ofm); otros sacerdotes fueron diputados de provincias, etc. De tal manera que el clero se juega también a favor de esa ruptura con España y, por supuesto, el laicado oligárquico apoya también esta posición. Se pasa entonces, lentamente, de 1808 a 1825, a la ruptura definitiva en la doble guerra de la independencia.

En 1814, la única región que todavía queda independiente de España, es la del Río de la Plata. Todas las demás regiones han sido recuperadas por el rey; y si Güemes no hubiese defendido las fronteras del norte argentino, quizás el destino de América hubiese sido muy distinto. Lo cierto es que hay un primer movimiento de emancipación; después una vuelta de España; un tercer proceso, en el cual colaboran San Martín en el sur y, genialmente, Bolívar en el norte, rematando el proceso en la unidad de Guayaquil; y, por último, en el que México declara la independencia. El conservadurismo mejicano declara la independencia de España porque los liberales se han apropiado de las cortes y, contra los liberales, la conservadora México declara la independencia. Lo cierto es que este pasaje se hace dentro del más claro conservadurismo católico. Nada es cambiado, ni en cultura, ni en modos de ser. No hay ruptura cultural.

10. CONTINÚA LA DECADENCIA CON Matices Conservadores (1825-1850)

Desde el 1825 hasta el 1850, concretamente hasta 1849 en Colombia, hay como una conservación de las estructuras anteriores: se observa la organización de los nuevos estados que van naciendo en torno a las audiencias, principalmente, o en torno a una gran capital. Centroamérica ya comienza a pulverizarse porque habla un gran antagonismo entre las capitales centroamericanas. La historia de San Salvador es muy distinta a la de Guatemala, la de Costa Rica o de Panamá, esta última pertenecía a Lima y no a México. En esa época, entonces, se va constituyendo la unidad nacional; el deterioro de la iglesia es cada vez mayor. Hay que pensar que la independencia significa la destrucción del sistema del patronato, ya no hay ningún misionero que venga de España. Los españoles hablan mandado miles y miles de misioneros, y hablan enviado libros. Ahora no entra más un libro de España. España había mandado dinero, no solamente para mantener la administración, sino también para mantener la iglesia, y este dinero no llega más. Hay regiones enteras, como la Argentina, en que no se ordena un sacerdote más: no se los puede formar; no hay ni siquiera quien los ordene. En esos años comenzó la ruptura. En 1849, en Colombia, se promulga la primera constitución liberal; es la «nueva América», la época colonial es dejada de lado. Esta constitución se propone la separación de la iglesia y el estado. La gran conmoción, sobre todo por el sentido que tenía la secularización, había avanzado a tal punto que unas minorías podían ahora imponer doctrinas que hasta ese momento eran imposibles. En esta época comienza la ruptura entre una iglesia que se iba minimizando o casi desapareciendo, que no podía responder más

a las incitaciones de esa época, pero, que, sin embargo, tenía todavía cierta importancia socio-política; mucho poder todavía, porque los obispos eran «grandes señores», no por su situación económica, sino por su influencia; «todo el mundo» se sentía todavía cristiano y de hecho lo era a su modo. Pero, de todos modos, la élite ya no era cristiana; era más bien de tipo liberal inclinándose hacia lo que después se concretará en el positivismo.

11. LA RUPTURA SE PRODUCE (1850-1929)

En 1849 los liberales suben al poder en Colombia: es el primer gobierno liberal latinoamericano. El liberalismo, ahora sí, los gobiernos liberales (el partido liberal, se va a llamar en muchas partes) van a producir una ruptura y va a ser el primero que se declarará anticristiano, sobre todo, anticatólico; va a repudiar el pasado hispánico y la cristiandad. Ellos van a escribir la nueva historia; van a presentar a los hispanistas como lo negativo, porque negando a los hispanos, niegan también el catolicismo colonial y niegan todo el pasado popular. Esto acontece en Colombia y acontece también en Argentina en el 1853 y, más o menos, en la misma década en toda América latina.

De 1850 a 1929 se desarrolla una gran época, la época de un nuevo proyecto latinoamericano. Ese nuevo proyecto es dado por la oligarquía, pero no conservadora sino liberal, y teniendo como ideal histórico concreto, en gran parte a Francia en lo cultural, a Estados Unidos en lo técnico. La «civilización» es Estados Unidos; la «barbarie» es nuestro pasado. Ahora comienza nuestra oligarquía conservadora criolla a ser oligarquía liberal y burguesa, empieza a tener una actitud distinta ante la vida, empieza a tener el ideal de «estar-en-la-riqueza». En 1870 aparece, después del krausismo, el positivismo como su gran ideología. Esta irrupción (un José Ingenieros en Argentina, un Lemos en Brasil, y tantos otros en todos los países de América latina) del positivismo, materialismo dicho ateo (en realidad anticreacionista, y por lo tanto afirmando la divinidad de la materia, panteísmo, entonces) se impone en nuestra cultura. Nuestros abogados y médicos todavía se forman en esta ideología positivista, desde el ya lejano 1870-1890. Esta burguesía oligárquica que no tiene en definitiva demasiado poder, es anticlerical, anticatólica. La crisis de la cristiandad se debe no sólo al desequipamiento en la iglesia, no sólo a que durante muchos decenios en la guerra de la independencia no hay obispos, no sólo a que desaparecieron numerosos seminarios, no sólo a que de España no vienen más sacerdotes ni libros; significa una ruptura querida y planificada de todo el sistema. Hay ahora una élite en el poder que es fundamentalmente anticatólica.

Esa oligarquía burguesa e incipiente, llega sin embargo, tarde al proceso industrial; de tal manera que pierde poder y la crisis del 29 es fatal y definitiva para ella. Pierde poder y no puede gobernar más. Por una razón muy simple: la oligarquía burguesa inglesa, por ejemplo, cuando Adam Smith escribía su libro famoso en 1776, sobre *El origen de la riqueza de las naciones* tenía una paz social total, porque ellos podían organizar su industria y explotar al obrero; ese obrero no tenía ante sí ninguna imagen de un hombre mejor tratado que él. Trabajaba dieciocho horas por día y todos hacían lo mismo en Lyon, en Liverpool, en Berlín, en París. Esa burguesía tuvo tiempo, tuvo dos siglos, para, a partir de esta relación de explotación, ir acrecentando su capital; y al mismo tiempo que iba creciendo el empresario, iba creciendo el obrero e iba creciendo la sociedad desarrollada. Pero, en cambio, nuestra burguesía industrial llega tarde en 1890-1900. El que trabaja en una

fábrica argentina, brasileña o mejicana, no trabaja dieciocho horas por día porque ya sabe que el obrero europeo trabaja nada más que diez. Entonces se produce una contradicción imposible de superar hoy todavía: es que el pueblo, el simple pueblo, aquí, tiene ante sí la imagen de un país desarrollado; y, por lo tanto, exige a sus empresarios burgueses mucho más de lo que éstos le pueden dar en un sistema capitalista. Se produce continuamente una contradicción: si el empresario da más de lo que puede no se capitaliza y la industria no funciona más; o da menos de lo justo y se produce el conflicto social. La burguesía ha llegado tarde al proceso industrial y no tiene salida como clase industrial. La crisis del 29 es por ello una crisis fatal para esa élite burguesa, lo que significa desde 1930 la irrupción de un nuevo factor de poder.

12. EL PROYECTO DE «NUEVA CRISTIANDAD»

1930 para toda América latina es un año clave. La pérdida del poder de la clase liberal anticatólica, permite ahora un respiro al catolicismo, el cual va a comenzar una renovación; ya esta renovación la llamaría el intento de una «nueva cristiandad». La cristiandad ha sufrido un golpe fatal en América latina, porque España era católica, mientras que a Inglaterra esta dimensión religiosa no le interesa (lo que le interesa es nada más que el beneficio industrial), y además, es anglicana. Allá por 1930, cuando la oligarquía católica, y sobre todo anticlerical -porque la iglesia es un poder y ellos también son un poder oligárquico- pierde poder, se funda la acción católica en casi todos nuestros países, poco a poco. El laico irrumpe nuevamente en la escena. Desprestigiado el liberalismo por este fracaso imposible de superar, irrumpe también en la escena una nueva clase que, ante la falencia de poder de la oligarquía burguesa, toma dicho poder: la clase militar. La clase militar se va a hacer presente porque no hay quienes gobiernen: 1930 no sólo en Argentina, sino de una manera u otra, el fenómeno se expande por América latina. Porque pierde poder la oligarquía anticatólica y surge entonces el proyecto de una nueva cristiandad. ¿Por qué digo de una «nueva» cristiandad? Porque la teología de la tercera escolástica sólo nos permitía pensar la renovación o imitación de la cristiandad. Maritain escribe *El humanismo integral*, que habla de una nueva cristiandad analógica. Nosotros, como no conocíamos nada de nuestra época colonial, el único testimonio de cristiandad que teníamos era el medieval. Belloc, León Bloy y muchos otros autores de aquella época, son leídos por todos los laicos. «Nueva» cristiandad significa un querer nuevamente instalar la cristiandad, ya que ésta casi ha desaparecido bajo la persecución laicista de los liberales. Surge desde estos años en adelante, hasta 1962, el gran intento de la reconquista masiva y, por lo tanto, mayoritaria, de un catolicismo que quiere también ser triunfante y que quiere llegar a dominar la enseñanza, la política y hasta la economía; todo lo que pueda dominarse. Hay efectivamente un gran proyecto triunfalista de nueva cristiandad. Es toda la época de la acción católica y de la democracia cristiana, época de resurgimiento cristiano, pero que va a quedar atrás desde el concilio Vaticano II.

El intento de la nueva cristiandad va a comenzar a mostrar sus límites y esos límites van a estar indicados en la crisis, por ejemplo, entre otros, de la democracia cristiana, por una parte, y de la acción católica, por otra. Es Comblin, un teólogo belga, el que escribió el libro que se llama *El fracaso de la acción católica*. Lo escribe desde Brasil. El experimenta el proceso desde América latina. Ese libro fue una «bomba» allá por los años 1961 y 1962, antes del concilio. El fracaso de la acción católica no es en realidad un fracaso, sino más bien un llegar a sus límites.

13. LA CRISIS UNIVERSAL DE LAS CRISTIANDADES

La cristiandad ruso-bizantina recibe el golpe fulminante en 1917. Europa había comenzado, por su parte, mucho antes, un proceso de secularización. Este proceso de secularización se transforma en secularismo. Lo que comienza por ser un movimiento de secularización, que es un proceso de autonomía de lo temporal, normal, más aún, inspirado por la iglesia, se transforma en «secularismo». El secularismo es la secularización anticristiana, producida en mucho por la reacción que tuvo la iglesia. Pero ¿por qué? Porque Bossuet, Belarmino y muchos hombres de iglesia, defendían la cristiandad pero no el cristianismo. Defendían la influencia cultural de la iglesia; defendían algo muy concreto: los estados pontificios. El concilio Vaticano I está todo saturado por ese ambiente de defensa de los estados pontificios. No creamos que la cuestión desapareció hace ya muchos siglos. En pleno siglo XIX era todavía el problema fundamental el hecho de que algunos «libertinos» italianos querían atacar los estados pontificios. En el trasfondo del Vaticano I están los estados pontificios. Hoy hemos recuperado una saludable libertad.

En Hispanoamérica el liberalismo anticlerical, el positivismo, son como los instrumentos providenciales. Así surgieron en la América latina la secularización, el laicismo y el secularismo. Se trata entonces del fin de una época. De una época que, como dijimos, se trata de la universalización mediterránea del cristianismo. El concilio Vaticano II es como un pasaje a la tercera época.

14. LA NUEVA SITUACIÓN

Hubo hombres que se anticiparon a esta época. Esos hombres que se anticiparon, «la pasaron mal». Recordemos la figura de un Lagrange, gran exegeta dominico, que, oculto como los profetas de Jerusalén, escribía sus grandes obras, perseguido. Por ejemplo, Teilhard de Chardin, o, todavía hasta hace muy poco, Y ves Congar. Congar escribió en 1937 *Los cristianos desunidos*. Si leemos ahora ese libro no podemos menos que preguntarnos: ¿qué tiene este libro de novedoso? En el momento en que lo escribió Congar era un libro peligroso; se prohibió su reimpresión. La gran escuela Le Saulchoir fue dispersada. Se liquidó un gran movimiento que se llamaba la *nouvelle théologie*; no era más que una *bonne théologie*, histórica. Esa teología de Le Saulchoir sufrió un golpe definitivo, fatal. Y todo lo que después cada uno de sus componentes pudo seguir escribiendo fueron cosas que habían perdido su impulso. La gran obra que conjuntamente habían emprendido fue pulverizada; porque se separó el equipo; se los apartó de la monumental biblioteca que habían formado. Todo esto es muy reciente. Hubo gente que se anticipó al concilio, pero, sin embargo, no pudo expresarse. En cambio, el concilio ha producido una inversión; pero, como el péndulo, va un poco adelante y después retrocede; por ahí avanza y por ahí vuelve atrás, sin embargo las cosas al fin avanzan. De todas maneras, hay conciencia de que estamos en una nueva etapa. Esta nueva etapa va a ser la de la manifestación del cristianismo extensivamente a todos los hombres de la tierra, a la humanidad. Extensión a todas las culturas que han ido quedando en la historia sin ser evangelizadas. La civilización universal es la europea, de hecho, la civilización técnica. Se nos presenta así la grave cuestión de preguntarnos si no van a unificarse todas las culturas en una sola. De tal manera que quizá dentro de un siglo o dos el que lea el *Martín Fierro* de Hernández, quizás,

diga: «¡Interesante documento histórico!»; y el que lea el Mío Cid, quizás, exclame: «¡Qué importante recuerdo histórico!». En cambio, quizás el que lea a Shakespeare dirá: «¡Ah, esto no es lo mismo, porque esto lo vivo como mío, es de mi cultura!». Todo esto es cuestión actual y trágica, porque si realmente se unifica toda cultura en una cultura universal, en tomo a sólo una experiencia cultural, y las demás no son capaces de agregar algo nuevo a ella, todo lo que han hecho los otros pueblos que no sea única cultura se va a perder absolutamente. Esto es lo que hoy vivimos. Ricoeur, en un artículo que tiene por título *La civilización universal y la cultura nacional*, indica que los siglos venideros observarán el gran proceso de nuestra época, el enfrentamiento de culturas y quizás la supervivencia de una sola, como el acontecimiento fundamental del siglo xx. Esa es la situación en la que nos encontramos. La iglesia está en la historia y la iglesia se encuentra igualmente interpelada por este enfrentamiento. Es posible, sin embargo, que ante nuestros ojos se esté produciendo una pre-evangelización, y que no lo hayamos descubierto.

Ricci no logró la evangelización de China, los ingleses tampoco la conquistaron por más «guerra del opio» que tramaran. Pero de pronto, un chino marxista europeiza China. No debemos olvidar que el joven doctor en filosofía, alemán, que se llama Carlos Marx, es bien alemán y bien europeo ya su vez fundado en la tradición judeo-cristiana, aunque secularizada. De tal manera que hoy contemplamos un hecho notable: Confucio se hace difícil de leer en China, en cambio, es fácil leer a un filósofo europeo alemán. Lo que ha permitido Marx es europeizar China: lo que nunca antes había logrado el occidente. También ha hecho lo propio con la segunda Bizancio, lo que tampoco habían logrado nunca los latinos occidentales. De tal manera que, secretamente, puede ser que se produzca una pre-evangelización. Marx, de todas maneras, nació en Europa, aunque sea secularista y aparentemente anticristiano, crea las condiciones de un humanismo de tal estructura que su culminación, su verdadero acabamiento, solamente lo puede cumplir el cristianismo. Y, efectivamente, eso es lo que estamos viendo: el hinduismo está igualmente en una crisis de agonía. ¿En qué sentido? Tomemos como ejemplo, un hecho muy concreto y banal. Si los hindúes matan las vacas, toda la doctrina de la reencarnación de las almas entra en crisis. Si aceptan la técnica occidental, entran en una crisis teológica irreversible. Pero esa técnica occidental surgió orientada por el cristianismo. Surgió por influencia cristiana. El cristianismo no tiene problemas con las máquinas electrónicas ni con los mataderos, porque esos instrumentos son parte de su cultura orientada por el mismo cristianismo. El Islam aún tiene igualmente grandes problemas hoy. Considérese la situación de Turquía; tómese como ejemplo al mismo Egipto. El estado islámico es teológico, es teocrático según el Corán. Pero, en cambio, los estados contemporáneos son laicistas como en Turquía. Grave dilema teológico-político que pone en crisis la propia fe coránica. El estado islámico se disuelve ante los estados seculares. En cambio, el cristianismo no tiene ese dilema, porque él mismo ha inventado los estados seculares. La fe como comprensión profética tiene que abrirse a todos estos grandes acontecimientos y saberlos situar, comprender.

Nuestra tesis, muy simple, la resumimos así: la cristiandad, ese gran movimiento socio-político-religioso, cultural, está en vías de desaparición. Esta es la causa de todos los problemas y las crisis que están viviendo los cristianos en nuestros días en América latina; es justamente el hecho de que esa cristiandad desaparece. Hay algunos que la quieren sostener. Todo tiempo usado en la sustentación de la cristiandad es tiempo perdido para el cristianismo.